

ESCRITOS FILOSÓFICOS

Selección y estudio preliminar
Celina A. Lértora y Mario López

Prólogo

Enrique Puches

Buenos Aires – Ed. FEPAI – 2004 – pp. 111-114

**PENSAMIENTO URUGUAYO Y CULTURAS CON PROYECTOS
 LATINOAMERICANISTAS***

Las comparaciones, confrontaciones y posibles conjunciones que el tema propuesto sugiere se multiplican desmesuradamente para mí. Supongo que más intensa y de mayor amplitud ha de ser la complicación para un pensador de cultura portorriqueña. Por este motivo, aprovecharé la perspectiva relativamente distante con respecto a la cultura norteamericana, la que me da mi posición: desde un pensar filosóficamente “situado” en el Cono Sur de América.

Mi país está ubicado en lo que geográficamente queda recortado como el territorio del rincón Sur de la “Banda Oriental” del río Uruguay, con límites en el Océano Atlántico y en el Río de la Plata, y con una frontera terrestre al Norte, la cual es más una separación o una unión de carácter político que de origen natural.

La República Oriental del Uruguay configura una cuña-tapón que comenzó a perfilarse con la Convención de Paz firmada en 1828 entre lo que hoy llamamos Argentina y Brasil, más la protección del Imperio Británico de la época.

Los uruguayos somos descendientes de emigrantes que inmigraron al país desde su lugar de origen o mediante un pasaje por el resto de América, y somos mayoritariamente emigrantes nosotros mismos, en tal forma que la población no alcanza a sobrepasar los tres millones de habitantes, además de que se despuebla el campo mientras que se acrecienta la densidad poblacional en las ciudades y puertos fronterizos.

Tenemos algo de brasileño o de argentino, e indirectamente, también algo de ibérico, de itálico o de europeo latino (neo-latino).

Asimismo, tendríamos que señalar que al no haber poseído casi asentamientos de población indígena ni concentraciones de esclavos radicadas en plantaciones, nuestro mestizaje también fue indirecto.

La escasa presencia del Virreinato del Río de la Plata, la revolución agrario-campesina de concepción federalista que terminó en el fracaso artiguista (1820) más las guerras entre los centros de poder encabezados por Buenos Aires y Río de Janeiro, que intervenían y atravesaban el pequeño Estado Uruguayo, determinaron que la República Oriental del Uruguay, con su Constitución de 1830, oscilara y vacilara sin lograr una madurez propia durante casi todo el siglo XIX.

Sin raíces, con cortas tradiciones interrumpidas, discontinuas, la cultura uruguaya floreció (al igual que la planta epífita que llamamos “clavel del aire”) por los decenios de 1890-1930. Así el país fue calificado de “Atenas del Plata y Suiza de América”. Joven Estado-nacional y democracia precoz, durante la primera mitad de este siglo XX, también fue prematura su decadencia, la que nos hizo declinar hasta la última crisis (cuasi-mortal) de la dictadura desde 1973 a 1985. Habida cuenta de que durante 1992, el año del Quinto Centenario, hemos

reflexionado más aún sobre nuestra historia, podemos advertir que casi todos los estudiosos convergen en caracterizarnos (así hemos de reconocernos) según el siguiente resumen: 1) Somos “pueblo transplantado” (Darcy Ribeiro) y yo diría el más transplantado de todos, en la medida en que la población del primer mestizaje fue sustituida por las olas de inmigración y emigración a lo largo de los escasos dos siglos de nuestra historia.

Somos un pueblo nuevo-transplantado, radicado en América: americano-sudamericano; de lengua y cultura iberoamericana, tomando “íbero” en el sentido más amplio de la macro-etnia y culturas que abarca la península Ibérica.

2) Queda por definir mejor la América Latina y la Cultura latinoamericana. El historiador y filósofo uruguayo Arturo Ardao ha publicado magistrales estudios al respecto por lo cual me remito a los dos recientes libros: *España en el origen de América Latina* (1992) y *Romania y América Latina* (1991-93).

Extraigo de allí la última nota que sumaré a las clasificaciones dentro de las cuales nos reconocemos actualmente los uruguayos: “latinos” o mejor dicho “neo-latinos”.

Un primer sentido histórico de América Latina es aquel del comienzo de la oposición: Europa Germánica o Europa Sajona versus Europa Latina, a lo que siguió la denominación de América Latina opuesta a la América “Sajona”. Desde que las “repúblicas del Norte” (que habían sido modelo para la independencia del Nuevo Mundo) pretendieron imponer su práctica de “América para los americanos” (1823) la Cultura Norteamericana pasó a reducirse a la cultura estadounidense mientras quedaron en la vereda de enfrente el Québec, México, América Central y del Sur.

En este doble sentido negativo de la confrontación que por un lado obliga a replegarse para conservar las tradiciones culturales y por el otro, a endurecer irracionalmente las posiciones nacionales contra la brutalidad del Imperialismo, Latinoamérica ha sido una vastedad de problemas y sólo se ha manifestado en su convergencia de pueblos, naciones y estados cuando ha cerrado filas anti-imperialistas. No me corresponde **juzgar** la contraparte de la otra cultura (para una profundización de este tema me remito a la obra de Raymond Polin: *La création des cultures*, de enero de 1993) pero marcaré una referencia objetiva para que nos entendamos: *La cultura norteamericana contemporánea* de Marvin Harris, de 1981.

El maduro reconocimiento de “lo que habríamos querido ser” (pero **no** hemos logrado realizar) debe motivarnos para la mejor vocación de nuestra cultura: la cual nos orienta dentro del gran **proyecto integracionista y latinoamericanista**, aquí y ahora, **ya** puesto en marcha.

Mientras la Guerra Fría se recalentaba y las políticas de confrontación y pretendida disuación mediante la carrera armamentista nos llevaban a la hecatombe atómica, parecía, a los más sabios analistas, que todo se reduciría a un inevitable absurdo final; la sabiduría dialéctica de la “**Perestroika**” con sus “nuevas ideas para nuestro país y el mundo” (comprendida por sus interlocutores de “occidente”) concluyó: **fin del circuito infernal de los contragolpes destructivos**.

Las luchas anti-imperialistas latinoamericanistas se han concentrado puntualmente en el injusto bloqueo a Cuba, endurecido en la expresión de una pretendida “Ley” Torricelli que sólo pudo ser reclamada por los votantes cubanos-estadounidenses radicados en Miami. Está claro que este cuello de botella y este nudo de contradicciones no puede detener más todas las **potencialidades de realización positiva**, emergentes de invertir aquellos dos aspectos negativos de la lucha anti-imperialista arriba mencionados. El primero consistiría en: además de recomponer las grandes tradiciones culturales (hasta ahora mal conservadas y enquistadas)

tejer positivamente y progresivamente nuestra integración y nuestros proyectos nacionales y regionales. El segundo, no embrutecer más el irracionalismo de los “anti” y de los “contras”, porque lo superan (desde todas las personas bien pensantes) **las nuevas razones fecundas a intercambiar** (diálogo constructivo a partir de nuestras estrategias diferentes) entre la Cultura Norteamericana (que no se reduce al Imperialismo) y la Cultura Latinoamericana propuesta como tarea creadora para Nosotros.

• Trabajo presentado al Congreso de Puerto Rico, en octubre de 1993, en el tema general: Cultura Latinoamericana y Cultura Norteamericana.